

Desiertos de Pepe Arbelo

En *Siroco*, Pepe Arbelo nos presentaba varias fotografías que se pretendían crónica de un viaje multicultural, desde las superficies metálicas de la refinera hasta el refulgente desierto, pasando por barrios de casas escalonadas, formas geométricas petrificadas, decorado de la nada, puro desierto, donde el movimiento se encadenaba en el trayecto del visitante, entre un cuadro y otro cuadro. En *Siroco en tránsito*, el vídeo de Pepe Arbelo y Alfredo González, la capacidad hipnótica de su contemplación arrastraba al espectador en un único movimiento secuencial, cristalizado en la carretera sin principio ni fin, cordón umbilical, del inicio y final del vídeo, acompañado por el viento incesante, erosionador de lo real, y así, viajero virtual, creías entrever un paisaje imaginario, hecho de retazos de tu infancia, cuentos de mil y una noches que poblaban desiertos imaginarios, de los que se desprendía un color huidizo, la silueta fugaz de un sueño inasible, oriente y occidente fundiéndose en una única percepción, mientras la silueta del barco de cartón piedra de nombre *Siroco* se acercaba a nosotros en su balanceo y la única presencia humana es una sombra fugitiva en el zoco africano y relumbran voces y cánticos de niños del Sahara, sobresaliendo de la densa y envolvente banda sonora del compositor Antonio Hernández.

Pepe Arbelo regresa con este sueño hecho realidad en su exposición de fotografías *Desiertos*. La circularidad metafórica de su viaje es ahora el trayecto circular de la disposición de sus cuadros

en un espacio concreto, el de la exposición, donde los cuadros, perfectamente iguales en su versión panorámica de la mirada humana, se suceden en una línea de fuga perfectamente equidistante, en la que destaca el ocre sobre el azul, la solidez de la tierra, de lo real, sobre la candidez de los cielos, ningún signo de cambio en el aire, expresión de una experiencia del paisaje, dureza de los límites, donde el aire frío puede cortar nuestras mejillas; sobre este paisaje petrificado ya pueden moverse la figuras, sin que la arena te engulla, hay hombres sentados o caminando, la mayoría los vemos de espaldas, en actividades cotidianas que no acabamos de entender; una figura avanza hacia nosotros, a cara descubierta, pero no nos ve, hay algo que llama su atención, a la derecha del encuadre, fuera de nuestra percepción, inútil que le preguntemos, el instante se eterniza. Pero, a poco que observemos, y pese a la coherencia de sus límites, pronto descubrimos que el decorado es falso, que los personajes están ahí sin que ellos mismos sepan por qué, y las formas que emergen, restos de un naufragio, asisten a una ceremonia de la confusión, cristales de roca dispuestos para afianzar un muelle sobre la arena, gigantescas cárceles de adobe o de cristal, menhires, fragmentos de catedrales, silos, tumbas, muros de la lamentación, soportes de mudas líneas telegráficas, condenadas a la pureza de la expresión geométrica, a la pura nada, al éxtasis de la contemplación del sin sentido implacable de la naturaleza.

